

S. AURELIO AGUSTÍN, OBISPO DE HIPONA, SOBRE LA NATURALEZA DEL BIEN CONTRA LOS MANIQUEOS. Un libro.

CAPÍTULO PRIMERO.

Dios es el sumo bien e inmutable, de quien provienen todos los demás bienes espirituales y corporales. El sumo bien, por encima del cual no hay otro, es Dios: y por tanto, es un bien inmutable; por eso es verdaderamente eterno y verdaderamente inmortal. Todos los demás bienes no son sino de Él, pero no de Él. Porque de Él es lo que Él es: pero lo que ha sido hecho por Él, no es lo que Él es. Y por tanto, si solo Él es inmutable, todo lo que ha hecho, porque lo hizo de la nada, es mutable. Pues es tan omnipotente, que puede incluso de la nada, es decir, de lo que absolutamente no es, hacer bienes, grandes y pequeños, celestiales y terrenales, espirituales y corporales. Porque también es justo, no igualó lo que engendró de sí mismo a lo que hizo de la nada. Por tanto, todos los bienes, ya sean grandes o pequeños, a través de cualquier grado de las cosas, no pueden ser sino de Dios; y toda naturaleza, en cuanto es naturaleza, es buena; toda naturaleza no puede ser sino del sumo y verdadero Dios: porque todos los bienes, incluso los no sumos, pero cercanos al sumo bien, y nuevamente todos los bienes más bajos, que están lejos del sumo bien, no pueden ser sino del mismo sumo bien. Por tanto, todo espíritu, incluso mutable, y todo cuerpo son de Dios: y esta es toda la naturaleza creada. Pues toda naturaleza es o espíritu, o cuerpo. El espíritu inmutable es Dios: el espíritu mutable es la naturaleza creada, pero mejor que el cuerpo: el cuerpo no es espíritu, a menos que el viento, porque es invisible para nosotros, y sin embargo su fuerza no es pequeña, se llame de otro modo espíritu.

CAPÍTULO II.

Cómo esto puede ser suficiente para corregir a los maniqueos. Sin embargo, para aquellos que, al no poder entender que toda naturaleza, es decir, todo espíritu y todo cuerpo, es naturalmente bueno, se conmueven por la iniquidad del espíritu y la mortalidad del cuerpo, y por esto intentan introducir otra naturaleza de espíritu maligno y cuerpo mortal, que Dios no hizo: creemos que lo que decimos puede ser llevado a su entendimiento. Pues confiesan que todo bien no puede ser sino del sumo y verdadero Dios: lo cual es verdad, y es suficiente para corregirlos, si quieren prestar atención.

CAPÍTULO III.

Modo, especie y orden son bienes generales en las cosas hechas por Dios. Nosotros, los cristianos católicos, adoramos a Dios, de quien son todos los bienes, ya sean grandes o pequeños; de quien es todo modo, ya sea grande o pequeño; de quien es toda especie, ya sea grande o pequeña; de quien es todo orden, ya sea grande o pequeño. Pues cuanto más moderadas, hermosas y ordenadas son las cosas, tanto más ciertamente son buenas: y cuanto menos moderadas, menos hermosas, menos ordenadas son, menos buenas son. Por tanto, estos tres, modo, especie y orden, dejando de lado innumerables cosas que se muestran pertenecientes a estos tres; estos tres, modo, especie, orden, son como bienes generales en las cosas hechas por Dios, ya sea en el espíritu, ya sea en el cuerpo. Dios, por tanto, está por encima de todo modo de criatura, por encima de toda especie, por encima de todo orden: y no está por encima en espacios de lugares, sino en una potencia infame y singular, de quien es todo modo, toda especie, todo orden. Estos tres, donde son grandes, son grandes bienes: donde son pequeños, son pequeños bienes: donde no hay ninguno, no hay bien. Y nuevamente, donde estos tres son grandes, son grandes naturalezas: donde son pequeños, son

pequeñas naturalezas: donde no hay ninguno, no hay naturaleza. Por tanto, toda naturaleza es buena.

CAPÍTULO IV.

El mal es la corrupción del modo, especie u orden. Por tanto, cuando se pregunta de dónde viene el mal, primero se debe preguntar qué es el mal: que no es otra cosa que la corrupción, ya sea del modo, de la especie, o del orden natural. Por tanto, se dice que una naturaleza es mala cuando está corrompida: pues incorrupta ciertamente es buena. Pero incluso la misma corrompida, en cuanto es naturaleza, es buena; en cuanto está corrompida, es mala.

CAPÍTULO V.

Una naturaleza de orden superior, incluso corrompida, a veces es mejor que una inferior incluso incorrupta. Sin embargo, puede suceder que una naturaleza que está ordenada de manera más excelente en modo y especie natural, incluso corrompida, sea aún mejor que otra que está ordenada inferiormente con un modo y especie natural menor: como en la estimación de los hombres, según la calidad que se presenta a la vista, es mejor ciertamente el oro corrompido que la plata incorrupta; y es mejor la plata corrompida que el plomo incorrupto. Así también en las naturalezas más poderosas y espirituales, es mejor incluso un espíritu racional corrompido por la mala voluntad que uno irracional incorrupto: y es mejor cualquier espíritu incluso corrompido que cualquier cuerpo incorrupto. Pues es mejor la naturaleza que, cuando está presente al cuerpo, le proporciona vida, que aquella a la que se le proporciona vida. Por más corrompido que esté el espíritu de vida que fue hecho, puede proporcionar vida al cuerpo: y por tanto es mejor que él, aunque incorrupto, corrompido.

CAPÍTULO VI.

La naturaleza que no puede corromperse es el sumo bien; la que puede, es algún bien. Sin embargo, si la corrupción quita todo modo, toda especie, todo orden a las cosas corruptibles, no quedará ninguna naturaleza. Por tanto, toda naturaleza que no puede corromperse es el sumo bien, como lo es Dios. Pero toda naturaleza que puede corromperse, también ella es algún bien: pues la corrupción no podría dañarla sino quitando y disminuyendo lo que es bueno.

CAPÍTULO VII.

La corrupción de los espíritus racionales es voluntaria o penal. A las criaturas más excelentes, es decir, a los espíritus racionales, Dios les concedió que, si no quieren, no pueden corromperse; es decir, si conservan la obediencia bajo su Señor Dios, y así se adhieren a su incorruptible belleza: pero si no quieren conservar la obediencia, porque voluntariamente se corrompen en los pecados, involuntariamente se corrompen en las penas. Pues Dios es un bien tan grande, que a nadie que lo abandone le va bien: y en las cosas hechas por Dios, la naturaleza racional es un bien tan grande, que no hay bien con el que sea feliz sino Dios. Por tanto, los pecadores son ordenados en los castigos: esta ordenación, porque no se ajusta a su naturaleza, es por eso un castigo; pero porque se ajusta a la culpa, es por eso justicia.

CAPÍTULO VIII.

De la corrupción y destrucción de las cosas inferiores surge la belleza del universo. Las demás cosas que han sido hechas de la nada, que ciertamente son inferiores al espíritu racional, no pueden ser ni felices ni miserables. Pero porque según su modo y especie

también ellas son buenas, y no podrían ser, aunque menores y mínimas buenas, sino del sumo bien Dios, han sido ordenadas de tal manera que las más débiles ceden a las más fuertes, y las más débiles a las más fuertes, y las más impotentes a las más poderosas, y así las terrenales concuerdan con las celestiales como sometidas a las más excelentes. Sin embargo, al suceder y suceder las cosas, se produce una cierta belleza temporal en su género, de modo que ni siquiera las que mueren, o dejan de ser lo que eran, afean o perturban el modo, la especie y el orden de toda la creación: como un discurso bien compuesto ciertamente es hermoso, aunque en él las sílabas y todos los sonidos transcurran como naciendo y muriendo.

CAPÍTULO IX.

El castigo a la naturaleza pecadora, para que sea ordenada correctamente, está establecido. Sin embargo, qué tipo y cuánta pena corresponde a cada culpa, es del juicio divino, no humano: que ciertamente, cuando se perdona a los convertidos, es una gran bondad en Dios; y cuando se paga lo debido, no hay injusticia en Dios: porque es mejor que la naturaleza sea ordenada para que sufra justamente en el castigo, que para que goce impunemente en el pecado. Sin embargo, incluso así, teniendo algún modo, especie y orden, en cualquier extremo aún es algún bien: que si se quitan completamente, y se consumen, por eso no habrá ningún bien, porque no quedará ninguna naturaleza.

CAPÍTULO X.

Las naturalezas corruptibles, porque fueron hechas de la nada. Por tanto, todas las naturalezas corruptibles, ni serían en absoluto naturalezas, si no fueran de Dios; ni serían corruptibles, si fueran de Él, porque serían lo que Él es. Por tanto, son de alguna manera, de alguna especie, de algún orden, porque Dios es de quien fueron hechas: pero no son inmutables, porque no son de nada. Pues es una audacia sacrílega igualar la nada y Dios, si queremos que lo que ha nacido de Dios sea igual a lo que ha sido hecho de Él de la nada.

CAPÍTULO XI.

No se puede dañar ni a Dios, ni a otra naturaleza, a menos que Él lo permita. Por tanto, ni a la naturaleza de Dios se puede dañar en absoluto, ni a ninguna naturaleza bajo Dios se puede dañar injustamente: porque incluso cuando algunos dañan injustamente pecando, se les imputa la voluntad injusta; pero el poder con el que se les permite dañar, no es sino de Dios, quien incluso sin que ellos lo sepan, sabe qué deben sufrir aquellos a quienes permite que dañen.

CAPÍTULO XII.

Todos los bienes no son sino de Dios. Todas estas cosas tan claras, tan ciertas, si quisieran advertirlas, quienes introducen otra naturaleza que Dios no hizo; no se llenarían de tantas blasfemias, como para poner tantos bienes en el sumo mal, y tantos males en Dios. Pues basta, como dije antes, para su corrección, si quieren atender, lo que la verdad los obliga a confesar, incluso contra su voluntad, que todos los bienes en absoluto no son sino de Dios. Por tanto, no son de otro los grandes bienes, y de otro los pequeños bienes: sino que tanto los grandes como los pequeños bienes no son sino del sumo bien, que es Dios.

CAPÍTULO XIII.

Los bienes individuales, ya sean pequeños o grandes, son de Dios. Recordemos, por tanto, los bienes que podamos, que es digno atribuir a Dios como autor, y quitándolos veamos si alguna

naturaleza quedará. Toda vida, tanto grande como pequeña, todo poder, tanto grande como pequeño, toda salud, tanto grande como pequeña, toda memoria, tanto grande como pequeña, toda virtud, tanto grande como pequeña, todo intelecto, tanto grande como pequeño, toda tranquilidad, tanto grande como pequeña, toda abundancia, tanto grande como pequeña, todo sentido, tanto grande como pequeño, toda luz, tanto grande como pequeña, toda suavidad, tanto grande como pequeña, toda medida, tanto grande como pequeña, toda belleza, tanto grande como pequeña, toda paz, tanto grande como pequeña, y si pueden ocurrir cosas similares, especialmente aquellas que se encuentran en todo, ya sean espirituales o corporales, todo modo, toda especie, todo orden, tanto grande como pequeño, son del Señor Dios. Quien quiera usar mal todos estos bienes, sufrirá penas por el juicio divino: pero donde no haya ninguno de estos en absoluto, no quedará ninguna naturaleza.

CAPÍTULO XIV.

Los pequeños bienes en comparación con los mayores se llaman con nombres contrarios. Pero en todos estos, cualquiera que sea pequeño, en comparación con los mayores se llama con nombres contrarios: como en la forma del hombre, porque la belleza es mayor, en comparación con ella la belleza del simio se llama deformidad: y engaña a los imprudentes, como si aquello fuera bueno, y esto malo; ni atienden en el cuerpo del simio el modo propio, la paridad de los miembros de ambos lados, la concordia de las partes, la custodia de la integridad, y otras cosas, que sería largo de enumerar.

CAPÍTULO XV.

En el cuerpo del simio hay un bien de belleza, aunque menor. Pero para que se entienda lo que decimos, y se satisfaga suficientemente incluso a los muy lentos, o incluso se obligue a los pertinaces y a los que se oponen a la verdad más evidente a confesar lo que es verdad, pregúntese si la corrupción puede dañar al cuerpo del simio. Si puede, para que se vuelva más feo; ¿qué disminuye, sino el bien de la belleza? Por lo que algo permanecerá mientras subsista la naturaleza del cuerpo. Por tanto, si al consumirse el bien se consume la naturaleza, la naturaleza es buena. Así también decimos que lo lento es contrario a lo veloz: pero sin embargo, quien no se mueve en absoluto, ni siquiera puede llamarse lento. Así llamamos a la voz aguda contraria a la voz grave, o a la voz sonora áspera: pero si quitas completamente toda especie de voz, hay silencio donde no hay voz: lo cual, sin embargo, por el mismo hecho de que no hay voz, suele oponerse como contrario a la voz. Así también se dicen dos contrarios, lo luminoso y lo oscuro: sin embargo, lo oscuro tiene algo de luz, que si carece completamente de ella, son tinieblas, ausencia de luz, como el silencio es ausencia de voz.

CAPÍTULO XVI.

Las privaciones en las cosas están ordenadas decentemente por Dios. Sin embargo, estas privaciones de las cosas están ordenadas en el universo de la naturaleza de tal manera que, para quienes consideran sabiamente, no tienen indecentemente sus turnos. Pues Dios hizo las tinieblas no iluminando ciertos lugares y tiempos tan decentemente como el día. Porque si nosotros, conteniendo la voz, interponemos decentemente el silencio al hablar; cuánto más Él, el perfecto artífice de todas las cosas, hace decentemente las privaciones de ciertas cosas. Por eso, en el himno de los tres jóvenes, también la luz y las tinieblas alaban a Dios (Dan. III, 72); es decir, producen su alabanza en los corazones de quienes consideran bien.

CAPÍTULO XVII.

Ninguna naturaleza es mala en cuanto es naturaleza. Por tanto, ninguna naturaleza es mala en cuanto es naturaleza; pero para cada naturaleza no es malo sino disminuir en bien. Si al disminuir se consumiera, como no quedaría ningún bien, tampoco quedaría ninguna naturaleza: no solo la que introducen los maniqueos, donde se encuentran tantos bienes, que su ceguera excesiva es asombrosa; sino la que cualquiera puede introducir.

CAPÍTULO XVIII.

La hyle, que los antiguos llamaban la materia informe de las cosas, no es mala. Pues ni siquiera aquella materia que los antiguos llamaron hyle debe llamarse mala. No digo la que Maniqueo llama hyle con una vanidad muy insensata, sin saber lo que dice, formadora de cuerpos: por lo que se le ha dicho correctamente que introduce otro dios: pues nadie puede formar y crear cuerpos sino Dios; ya que no se crean, sino cuando en ellos subsiste el modo, la especie y el orden, que son bienes, y no pueden ser sino de Dios, creo que ya incluso ellos lo confiesan. Pero llamo hyle a una materia completamente informe y sin cualidad, de la cual se forman estas cualidades que percibimos, como dijeron los antiguos. De aquí también se llama hyle al bosque en griego, porque es apto para los que trabajan, no para que haga algo por sí mismo, sino de donde se haga algo. Por tanto, tampoco esta hyle debe llamarse mala, que apenas puede concebirse sin alguna especie, sino por la privación total de especie. Pues tiene también la capacidad de formas: porque si no pudiera recibir la forma impuesta por el artífice, ciertamente no se llamaría materia. Además, si la forma es algún bien, por lo que aquellos que prevalecen en ella se llaman formosos, como de la especie se llaman hermosos, sin duda alguna la capacidad de forma es también algún bien. Así como porque la sabiduría es un bien, nadie duda que es un bien ser capaz de sabiduría. Y porque todo bien es de Dios; nadie debe dudar que incluso esta materia, si es que existe, no es sino de Dios.

CAPÍTULO XIX.

Ser verdaderamente, propio de Dios. Magníficamente, por tanto, y divinamente nuestro Dios dijo a su siervo, Yo soy el que soy; y, Dirás a los hijos de Israel, El que es me envió a vosotros (Éxodo III, 14). Pues verdaderamente Él es, porque es inmutable. Pues todo cambio hace que no sea lo que era: por tanto, verdaderamente Él es, quien es inmutable; las demás cosas que han sido hechas por Él, han recibido de Él ser según su modo. Por tanto, a quien es sumamente, no puede ser contrario sino lo que no es: y por tanto, así como de Él es todo lo que es bueno, así de Él es todo lo que es naturalmente; porque todo lo que es naturalmente, es bueno. Por tanto, toda naturaleza es buena, y todo bien es de Dios: por tanto, toda naturaleza es de Dios.

CAPÍTULO XX.

El dolor solo puede estar en naturalezas buenas. Sin embargo, el dolor, que algunos consideran principalmente como mal, ya sea en el alma o en el cuerpo, tampoco puede estar sino en naturalezas buenas. Pues esto mismo que resiste para que duela, de algún modo se niega a no ser lo que era, porque era algún bien: pero cuando se le obliga a algo mejor, el dolor es útil; cuando a algo peor, es inútil. Por tanto, en el alma el dolor lo causa la voluntad que resiste a un poder mayor: en el cuerpo el dolor lo causa el sentido que resiste a un cuerpo más poderoso. Sin embargo, hay males sin dolor peores: pues es peor alegrarse de la iniquidad que dolerse de la corrupción: sin embargo, también tal alegría no puede ser sino de la obtención de bienes inferiores; pero la iniquidad es el abandono de los mejores. Asimismo, en el cuerpo es mejor una herida con dolor que una putrefacción sin dolor, que se llama especialmente corrupción: que no vio, es decir, no sufrió la carne muerta del Señor, como

estaba predicho en la profecía, Ni permitirás que tu santo vea corrupción (Salmo XV, 10). Pues ¿quién niega que fue herido por la perforación de los clavos, y golpeado con la lanza (Juan XIX, 18, 34)? Pero incluso lo que propiamente se llama corrupción del cuerpo por los hombres, es decir, la misma putrefacción, si aún tiene algo que consumir profundamente, la corrupción crece disminuyendo el bien. Pero si lo consume completamente, como no quedará ningún bien, tampoco quedará ninguna naturaleza, porque ya no habrá corrupción que corrompa; y por eso tampoco habrá putrefacción, porque no habrá donde esté en absoluto.

CAPÍTULO XXI.

Modica a modo dicta. Por eso, en el uso común del lenguaje, las cosas pequeñas y diminutas se llaman modicas, porque en ellas se ha mantenido alguna medida, sin la cual ya no serían modicas, sino que no existirían en absoluto. Sin embargo, aquellas cosas que se llaman immodicas debido a su exceso, son criticadas por su desmesura: pero incluso estas deben ser de alguna manera contenidas bajo Dios, quien dispuso todas las cosas con medida, número y peso (Sab. XI, 21).

CAPÍTULO XXII.

Si de alguna manera la medida se aplica a Dios mismo. No se debe decir que Dios tiene medida, para que no se piense que tiene fin. Sin embargo, no por eso es desmesurado, ya que es Él quien otorga medida a todas las cosas para que puedan existir de alguna manera. Tampoco se debe llamar a Dios moderado, como si hubiera recibido medida de alguien. Si decimos que Él es la medida suprema, tal vez decimos algo; si entendemos en lo que decimos que la medida suprema es el sumo bien. Toda medida, en cuanto medida, es buena: por eso, todas las cosas moderadas, modestas, modificadas, no pueden ser mencionadas sin alabanza; aunque bajo otro entendimiento pongamos la medida como fin, y no digamos que hay medida donde no hay fin: lo cual a veces se dice con alabanza, como está dicho, Y su reino no tendrá fin (Luc. I, 33). También podría decirse, No habrá medida, entendiendo que la medida se dice como fin: pues quien no reina de ninguna manera, ciertamente no reina.

CAPÍTULO XXIII.

Por qué a veces se dice mala medida, mala especie, mal orden. Por lo tanto, una mala medida, o mala especie, o mal orden, se dice así porque son menores de lo que deberían ser, o porque no se adaptan a las cosas a las que deberían adaptarse; por eso se llaman malas, porque son ajenas e incongruentes: como si se dijera que alguien actuó de mala manera, porque actuó menos de lo que debía, o porque actuó de una manera que no debía en tal asunto, o más de lo que era necesario, o de manera inconveniente: de modo que lo que se reprende como hecho de mala manera, no se reprende justamente por otra razón, sino porque no se mantuvo la medida. Asimismo, una especie mala se dice en comparación con una más hermosa y bella, porque esta es una especie menor, aquella mayor, no en tamaño, sino en belleza; o porque no se adapta a la cosa a la que se aplica, de modo que parece ajena e inconveniente: como si un hombre desnudo caminara por el foro, lo cual no ofende si se le ve en el baño. De manera similar, el orden se dice malo cuando se mantiene menos el orden: por lo que no hay orden, sino más bien desorden malo, cuando está menos ordenado de lo que debería, o no como debería. Sin embargo, donde hay alguna medida, alguna especie, algún orden, hay algún bien y alguna naturaleza: donde no hay medida, ni especie, ni orden, no hay bien, ni naturaleza.

CAPÍTULO XXIV.

Se prueba con testimonios de la Escritura que Dios es inmutable. Que el Hijo de Dios es engendrado, no hecho. Estas cosas que nuestra fe sostiene, y que de alguna manera la razón ha investigado, deben ser fortalecidas con testimonios de las Escrituras divinas: para que quienes no pueden comprenderlas con menor entendimiento, crean en la autoridad divina, y por ello merezcan entender. Aquellos que entienden, pero están menos instruidos en las Escrituras eclesiásticas, no piensen que las presentamos más desde nuestro entendimiento que porque están en esos Libros. Así, que Dios es inmutable, está escrito en los Salmos: Cambiarás estas cosas, y cambiarán; pero tú eres el mismo (Sal. CI, 27). Y en el libro de la Sabiduría sobre la misma Sabiduría: Permaneciendo en sí misma, renueva todas las cosas (Sab. VII, 27). De donde también el apóstol Pablo: Al único Dios invisible, incorruptible (I Tim. I, 17). Y el apóstol Santiago: Toda dádiva buena y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en quien no hay cambio ni sombra de variación (Santiago I, 17). Asimismo, porque lo que engendró de sí mismo es lo que él mismo es, así lo dice brevemente el Hijo: Yo y el Padre somos uno (Juan X, 30). Pero el Hijo no fue hecho, ya que por él fueron hechas todas las cosas; así está escrito: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios; este estaba en el principio con Dios. Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él no se hizo nada (Id. I, 1-3): es decir, no se hizo nada sin él.

CAPÍTULO XXV.

Aquello del Evangelio, Sin él no se hizo nada, mal entendido por algunos. No deben escucharse los desvaríos de los hombres, que piensan que aquí debe entenderse algo por nada, y creen que alguien puede ser llevado a tal vanidad porque la palabra nada está al final de la sentencia. Dicen, por tanto, que fue hecho; y por eso, porque fue hecho, ese nada es algo. Han perdido el sentido por el afán de contradecir, y no entienden que no hay diferencia entre decir, Sin él no se hizo nada; o, Sin él nada se hizo: porque incluso si se dijera en ese orden, Sin él nada se hizo; podrían decir igualmente que ese nada es algo, porque fue hecho. Pues lo que realmente es algo, ¿qué importa si se dice así, Sin él se hizo la casa; o, Sin él la casa fue hecha: mientras se entienda que algo fue hecho sin él, que algo es la casa? Así, porque se dijo, Sin él no se hizo nada; ya que nada ciertamente no es algo, cuando se dice verdaderamente y propiamente: ya sea que se diga, Sin él no se hizo nada; o, Sin él nada se hizo, o, nada fue hecho; no hay diferencia. ¿Quién querría hablar con personas que pueden decir, por lo que dije, No hay diferencia, Entonces hay alguna diferencia, porque ese nada es algo? Pero aquellos que tienen un cerebro sano, ven la cosa más manifiesta, entienden lo mismo cuando dije, No hay diferencia, que si dijera, Hay diferencia nada. Pero estos si a alguien le dicen, ¿Qué hiciste? y él responde que no hizo nada: es consecuente que le calumnien diciendo, Entonces hiciste algo, porque no hiciste nada; pues ese nada es algo. Tienen también al mismo Señor poniendo esta palabra al final de la sentencia, donde dice: Y en secreto no he hablado nada (Id. XVIII, 20). Que lean, y callen.

CAPÍTULO XXVI.

Que las criaturas fueron hechas de la nada. Porque Dios hizo todas las cosas que no engendró de sí mismo, sino que las hizo por su Verbo, no de cosas que ya eran, sino de cosas que no eran en absoluto, es decir, de la nada, así dice el Apóstol: Que llama a las cosas que no son, como si fueran (Rom. IV, 17). Más claramente está escrito en el libro de los Macabeos: Te ruego, hijo, mira al cielo y a la tierra, y todas las cosas que hay en ellos: ve, y sabe que no eran, de las cuales el Señor Dios nos hizo (II Macab. VII, 28). Y aquello que está escrito en el Salmo, Él dijo, y fueron hechas (Sal. CXLVIII, 5): es manifiesto que no engendró estas cosas de sí mismo, sino que las hizo en su palabra y mandato. Pero lo que no es de sí mismo,

ciertamente es de la nada. Pues no había otra cosa de la que pudiera hacerlas, de lo cual el Apóstol dice claramente: Porque de él, y por él, y en él son todas las cosas (Rom. XI, 36).

CAPÍTULO XXVII.

Ex ipso y De ipso no significan lo mismo. Ex ipso no significa lo mismo que De ipso. Pues lo que es de él, puede decirse ex ipso: pero no todo lo que es ex ipso, se dice correctamente de ipso. Ex ipso es el cielo y la tierra, porque él los hizo: pero no de ipso, porque no son de su sustancia. Así como un hombre si engendra un hijo, y hace una casa, el hijo es ex ipso, la casa es ex ipso: pero el hijo es de ipso, la casa es de tierra y madera. Pero esto porque es un hombre, que no puede hacer algo incluso de la nada: Dios, de quien son todas las cosas, por quien son todas las cosas, en quien son todas las cosas, no necesitaba de alguna materia que él no hubiera hecho, para ayudar a su omnipotencia.

CAPÍTULO XXVIII.

Los pecados no son de Dios, sino de la voluntad de los pecadores. Cuando escuchamos, Todas las cosas son de él, y por él, y en él; debemos entender todas las naturalezas que son naturalmente. Pues los pecados no son de él, que no conservan la naturaleza, sino que la corrompen, pecados que son de la voluntad de los pecadores, como lo testimonia de muchas maneras la santa Escritura, especialmente en el lugar donde dice el Apóstol: ¿Piensas esto, oh hombre, que juzgas a los que hacen tales cosas, y las haces, que escaparás del juicio de Dios? ¿O desprecias las riquezas de su bondad, paciencia y longanimidad, ignorando que la paciencia de Dios te lleva al arrepentimiento? Pero según tu dureza y corazón impenitente, atesoras para ti ira en el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, quien pagará a cada uno según sus obras (Id. II, 3-6).

CAPÍTULO XXIX.

Que nuestros pecados no contaminan a Dios. Sin embargo, aunque todas las cosas que creó están en Dios, no contaminan a aquel que peca, de cuya sabiduría se dice: Abarca todas las cosas por su pureza, y nada impuro entra en ella (Sab. VII, 24, 25). Pues debemos creer que así como Dios es incorruptible e inmutable, también es consecuentemente inmaculado.

CAPÍTULO XXX.

Que incluso los bienes más pequeños y terrenales son de Dios. Porque incluso los bienes más pequeños, es decir, los terrenales y mortales, él los hizo, se entiende sin duda en ese lugar del Apóstol, donde hablando de los miembros de nuestro cuerpo, Porque si un miembro es glorificado, todos los miembros se regocijan; y si un miembro sufre, todos los miembros sufren con él; también dice allí, Dios ha puesto los miembros, cada uno de ellos en el cuerpo como quiso: y, Dios ha compuesto el cuerpo, dando mayor honor a lo que le faltaba, para que no haya divisiones en el cuerpo, sino que los miembros tengan el mismo cuidado unos de otros (I Cor. XII, 26, 18, 24, 25). Pero esto que el Apóstol alaba en la medida, especie y orden de los miembros de la carne, lo encuentras en la carne de todos los animales, tanto de los más grandes como de los más pequeños; ya que toda carne se cuenta entre los bienes terrenales, y por lo tanto, los más pequeños.

CAPÍTULO XXXI.

Que castigar y perdonar pecados igualmente pertenece a Dios. También porque a cada culpa le corresponde una pena de acuerdo a su calidad y cantidad, es del juicio divino, no humano,

así está escrito: ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán inescrutables son sus juicios, e ininvestigables sus caminos! (Rom. XI, 33). También porque por la bondad de Dios se perdonan los pecados a los convertidos, el mismo hecho de que Cristo fue enviado lo muestra suficientemente; quien no en su naturaleza en la que es Dios, sino en la nuestra que asumió de una mujer, murió por nosotros: esta bondad de Dios hacia nosotros y su amor lo proclama así el Apóstol: Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros: mucho más ahora, justificados en su sangre, seremos salvos de la ira por él. Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo; mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida (Id. V, 8-10). Pero porque también cuando a los pecadores se les da la pena debida, no hay injusticia en Dios, así dice: ¿Qué diremos? ¿Es injusto Dios, que inflige ira? (Id. III, 5). En un solo lugar nos advirtió brevemente que tanto la bondad como la severidad son de él, diciendo: Mira, pues, la bondad y la severidad de Dios: en los que cayeron, severidad; pero en ti, bondad, si permaneces en su bondad (Id. XI, 22).

CAPÍTULO XXXII.

Que incluso el poder de hacer daño es de Dios. También porque incluso el poder de los que hacen daño no es sino de Dios, así está escrito hablando la Sabiduría: Por mí reinan los reyes, y los tiranos por mí tienen la tierra (Prov. VIII, 15). Dice también el Apóstol: No hay poder sino de Dios (Rom. XIII, 1). Que se haga dignamente, está escrito en el libro de Job: Que hace reinar al hombre hipócrita, por la perversidad del pueblo (Job XXXIV, 30). Y de Israel dice Dios: Les di un rey en mi ira (Oseas XIII, 11). Pues no es injusto que al recibir los impíos el poder de hacer daño, se pruebe la paciencia de los buenos, y se castigue la iniquidad de los malos. Porque por el poder dado al diablo, Job fue probado para que apareciera justo (Job I y II), y Pedro fue tentado para que no presumiera de sí mismo (Mat. XXVI, 31-35, 69-75), y Pablo fue abofeteado para que no se ensalzara (II Cor. XII, 7), y Judas fue condenado para que se ahorcara (Mat. XXVII, 5). Así que por el poder que dio al diablo, Dios hizo todo justamente; sin embargo, no por estas acciones justas, sino por la iniqua voluntad de hacer daño, que fue del mismo diablo, se le dará al final el castigo, cuando se diga a los impíos que hayan perseverado en consentir su maldad: Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (Id. XXV, 41).

CAPÍTULO XXXIII.

Que los ángeles malos no fueron hechos malos por Dios, sino que se hicieron malos pecando. Porque también los ángeles malos no fueron creados malos por Dios, sino que se hicieron malos pecando, así lo dice Pedro en su Epístola: Porque si Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que los arrojó al infierno, entregándolos a prisiones de oscuridad, para ser reservados al juicio (II Pedro II, 4). Aquí Pedro muestra que aún se les debe el castigo del juicio final, del cual el Señor dice: Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles. Aunque ya han recibido penalmente este infierno, es decir, el aire inferior oscuro como una prisión: que sin embargo, ya que también se llama cielo, no aquel cielo donde están las estrellas, sino este inferior cuya oscuridad forma nubes, y donde vuelan las aves; pues también se llama cielo nublado, y se llaman aves del cielo: según esto, el apóstol Pablo llama a esos mismos ángeles inicuos, contra los cuales luchamos piadosamente viviendo, espiritualidades de maldad en los celestiales (Efes. VI, 12). Para que no se entienda de aquellos cielos superiores, claramente dice en otro lugar: Según el príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia (Id. II, 2).

CAPÍTULO XXXIV.

Que el pecado no es apetito de mala naturaleza, sino abandono de la mejor. También porque el pecado o iniquidad no es apetito de malas naturalezas, sino abandono de las mejores; así se encuentra escrito en las Escrituras, Toda criatura de Dios es buena (I Tim. IV, 4): y por lo tanto, todo árbol que Dios plantó en el paraíso, ciertamente es bueno. No apeteció, pues, el hombre una naturaleza mala cuando tocó el árbol prohibido: sino que al abandonar lo que era mejor, cometió el mal él mismo. Pues el Creador es mejor que cualquier criatura que haya creado: cuyo mandato no debía ser abandonado para tocar lo prohibido, aunque fuera bueno; porque al abandonar lo mejor, se apetecía el bien de la criatura, que se tocaba contra el mandato del Creador. No plantó, por tanto, Dios un árbol malo en el paraíso; sino que él mismo era mejor, quien prohibía tocarlo.

CAPÍTULO XXXV.

El árbol prohibido a Adán, no porque fuera malo, sino porque es bueno para el hombre estar sujeto a Dios. Por esto también lo prohibió, para mostrar que la naturaleza del alma racional no debe estar en su propio poder, sino sujeta a Dios, y conservar el orden de su salvación por la obediencia, corromperlo por la desobediencia. De aquí que llamó al árbol que prohibió tocar, árbol del conocimiento del bien y del mal (Gén. II, 9): porque cuando lo tocara contra lo prohibido, experimentaría la pena del pecado, y de ese modo conocería la diferencia entre el bien de la obediencia y el mal de la desobediencia.

CAPÍTULO XXXVI.

Ninguna criatura de Dios es mala, pero usarla mal es malo. Pues ¿quién es tan insensato que piense que la criatura de Dios, especialmente plantada en el paraíso, debe ser vituperada; cuando ni siquiera las espinas y cardos, que la tierra produjo al pecador para ser trabajados según la voluntad judicial de Dios, deben ser correctamente vituperados? Pues incluso tales hierbas tienen su medida, especie y orden, que quien las considere sobriamente, las encontrará dignas de alabanza: pero son malas para aquella naturaleza que por el mérito del pecado debía ser así contenida. No es, por tanto, como dije, el pecado apetito de mala naturaleza, sino abandono de la mejor; y por eso el hecho mismo es malo, no la naturaleza que usa mal el pecador. Pues es malo usar mal el bien. De donde el Apóstol reprende a algunos condenados por el juicio divino, que adoraron y sirvieron a la criatura antes que al Creador (Rom. I, 25). Pues no reprende a la criatura; quien lo hiciera, injuria al Creador: sino a aquellos que usaron mal el bien, abandonando lo mejor.

CAPÍTULO XXXVII.

Dios usa bien los males de los pecadores. Por lo tanto, si todas las naturalezas guardan su medida, especie y orden propio, no habrá mal alguno: pero si alguien quiere usar mal estos bienes, ni así vence la voluntad de Dios, quien sabe ordenar justamente incluso a los injustos; para que si ellos por la iniquidad de su voluntad usaron mal sus bienes, él por la justicia de su poder use bien sus males, ordenando rectamente en los castigos, a quienes se ordenaron perversamente en los pecados.

CAPÍTULO XXXVIII.

El fuego eterno que atormenta a los malvados no es malo. Pues ni siquiera el fuego eterno, que atormentará a los impíos, es de naturaleza mala, ya que tiene su medida, forma y orden, sin ser corrompido por ninguna iniquidad: pero el tormento es malo para los condenados, a

quienes se les debe por sus pecados. Tampoco esta luz, porque atormenta a los que tienen los ojos enfermos, es de naturaleza mala.

CAPÍTULO XXXIX.

El fuego eterno se dice eterno, no como Dios, sino porque es sin fin. Sin embargo, el fuego eterno, no es eterno como Dios, ya que aunque no tiene fin, no es sin principio; pero Dios es también sin principio. Además, aunque se aplique perpetuamente a los castigos de los pecadores, su naturaleza es mutable. La verdadera eternidad es la verdadera inmortalidad; es decir, esa suma inmutabilidad que solo Dios posee, quien no puede cambiar en absoluto. Pues es una cosa no cambiar cuando se puede cambiar; y otra cosa es no poder cambiar en absoluto. Así como se dice que el hombre es bueno, pero no como Dios, de quien se ha dicho: "Nadie es bueno, sino solo Dios" (Marcos 10, 18); y así como se dice que el alma es inmortal, pero no como Dios, de quien se ha dicho: "El único que tiene inmortalidad" (1 Timoteo 6, 16); y así como se dice que el hombre es sabio, pero no como Dios, de quien se ha dicho: "Al único sabio Dios" (Romanos 16, 27): así se dice que el fuego es eterno, pero no como Dios, cuya inmortalidad es la verdadera eternidad.

CAPÍTULO XL.

Ni a Dios se le puede dañar ni a otro, salvo por la justa ordenación de Dios. Así es según la fe católica y la sana doctrina, y la verdad es clara para los que entienden, que nadie puede dañar la naturaleza de Dios, ni la naturaleza de Dios puede dañar injustamente a nadie, ni permite que alguien dañe impunemente. Porque quien daña, dice el Apóstol, "recibirá lo que hizo; y no hay acepción de personas ante Dios" (Colosenses 3, 25).

CAPÍTULO XLI.

Cuántos bienes atribuyen los maniqueos a la naturaleza del mal, y cuántos males a la naturaleza del bien. Si los maniqueos quisieran pensar sin el pernicioso afán de defender su error, y con temor de Dios; no blasfemarían tan perversamente introduciendo dos naturalezas, una buena que llaman Dios, y otra mala que no fue hecha por Dios: errando así, delirando así, o más bien enloqueciendo así, que no ven que en lo que llaman la naturaleza del sumo mal, ponen tantos bienes, donde ponen vida, poder, salud, memoria, intelecto, templanza, virtud, abundancia, sentido, luz, suavidad, medidas, números, paz, modo, forma, orden; y en lo que llaman el sumo bien, tantos males, muerte, enfermedad, olvido, insensatez, perturbación, impotencia, pobreza, estupidez, ceguera, dolor, iniquidad, deshonra, guerra, desmesura, deformidad, perversidad. Pues dicen que los príncipes de las tinieblas vivieron en su naturaleza, y fueron salvos en su reino, y recordaron, y entendieron. Pues dicen que el príncipe de las tinieblas predicó de tal manera, que ni él mismo podría haber dicho tales cosas, ni los que lo escuchaban podrían haberlas oído sin memoria e intelecto: y que tenía una templanza adecuada a su ánimo y cuerpo, y que reinaba con el poder de su virtud, y que tenía abundancia de sus elementos y fecundidades, y que se percibían mutuamente y percibían la luz cercana, y que tenían ojos con los que podían ver aquello a lo lejos; ojos que ciertamente no podrían ver la luz sin alguna luz, por lo que con razón también se llaman luces: y que disfrutaban de la suavidad de su placer, y que estaban determinados por miembros y habitaciones medidas. Pero si no hubiera habido alguna belleza allí, no amarían sus matrimonios, ni sus cuerpos estarían compuestos por la congruencia de sus partes: lo cual, donde no existe, no pueden hacerse las cosas que allí delirantemente dicen que se hicieron. Y si no hubiera alguna paz allí, no obedecerían a su príncipe. Si hubiera algún modo allí, no harían otra cosa que comer, o beber, o enfurecerse, o cualquier otra cosa sin alguna sociedad:

aunque ni siquiera los que hacían esto estarían determinados por sus formas, si no hubiera algún modo allí: ahora bien, dicen que hicieron tales cosas, que no pueden negar que en todas sus acciones tuvieron modos congruentes. Pero si no hubiera habido alguna forma allí, ninguna cualidad natural subsistiría allí. Si no hubiera habido algún orden allí, no dominarían unos, ni se someterían otros, no vivirían congruentemente en sus elementos, ni finalmente tendrían sus miembros dispuestos en sus lugares, para que pudieran hacer todas esas cosas que estos vanamente fabulan. Pero si no dicen que la naturaleza de Dios está muerta, ¿qué resucita Cristo según su vanidad? Si no dicen que está enferma, ¿qué cura? Si no dicen que está olvidada, ¿qué recuerda? Si no dicen que es insensata, ¿qué enseña? Si no dicen que está perturbada, ¿qué restaura? Si no está vencida y capturada, ¿qué libera? Si no necesita, ¿a quién socorre? Si no ha perdido el sentido, ¿qué vivifica? Si no está cegada, ¿qué ilumina? Si no está en dolor, ¿qué recrea? Si no es injusta, ¿qué corrige con preceptos? Si no está deshonrada, ¿qué purifica? Si no está en guerra, ¿a quién promete paz? Si no está desmesurada, ¿a quién impone la medida de la ley? Si no está deforme, ¿qué reforma? Si no está perversa, ¿qué enmienda? Pues todas estas cosas dicen que Cristo no las otorga a aquella cosa que fue hecha por Dios y corrompida por su propio arbitrio pecando; sino a la misma naturaleza; a la misma sustancia de Dios, que es lo que Dios es.

CAPÍTULO XLII.

Blasfemias de los maniqueos sobre la naturaleza de Dios. ¿Qué puede compararse con estas blasfemias? Nada en absoluto, si se consideran los errores de otras sectas perversas: pero si este error se compara consigo mismo desde la otra parte, de la que aún no hemos hablado, se demuestra que blasfema mucho peor y más execrablemente contra la naturaleza de Dios. Pues dicen que algunas almas, que quieren que sean de la sustancia de Dios y de la misma naturaleza, no pecaron voluntariamente, sino que fueron superadas y oprimidas por la gente de las tinieblas, que llaman naturaleza mala, a la que descendieron no por su propia voluntad, sino por el mandato del padre, para combatirla, y que están afligidas eternamente en el horrible globo de las tinieblas. Así, según sus sacrílegas vanidades, Dios se liberó a sí mismo en una parte de un gran mal, y nuevamente se condenó a sí mismo en una parte que no pudo liberar del enemigo, y como si triunfara sobre el enemigo vencido. ¡Oh audacia impía e increíble, creer tales cosas de Dios, hablar tales cosas, predicar tales cosas! Cuando intentan defender esto, para caer en peores errores con los ojos cerrados, dicen que la mezcla de la naturaleza mala causa esto, para que la buena naturaleza de Dios sufra tantos males: pues en sí misma no podría ni puede sufrir nada de esto. Como si la naturaleza incorruptible debiera ser alabada porque no se daña a sí misma, y no porque no puede ser dañada por nadie. Además, si la naturaleza de las tinieblas dañó a la naturaleza de Dios, y la naturaleza de Dios dañó a la naturaleza de las tinieblas; entonces son dos males que se dañaron mutuamente, y la gente de las tinieblas tuvo mejor ánimo, porque aunque dañó, no quiso dañar: pues no quiso dañar, sino disfrutar del bien de Dios. Pero Dios quiso extinguirla, como Maniqueo delira abiertamente en la carta de su ruinoso Fundamento. Pues olvidó lo que había dicho poco antes: "Así están fundados sus reinos espléndidos sobre la tierra luminosa y bienaventurada, que por nadie pueden ser movidos ni sacudidos"; después dijo: "El Padre de la beatísima luz, sabiendo la gran mancha y vastedad que surgiría de las tinieblas, que amenazaba a sus siglos santos, a menos que opusiera alguna deidad excelsa y poderosa en virtud, que superara y destruyera la estirpe de las tinieblas, para que, una vez extinguida, se preparara la paz perpetua para los habitantes de la luz". He aquí que temió la mancha y vastedad que amenazaba a sus siglos. ¿No estaban ciertamente fundados sobre la tierra luminosa y bienaventurada, de modo que por nadie podían ser movidos ni sacudidos? He aquí que por temor quiso dañar a la gente vecina, a la que intentó destruir y extinguir, para que se

preparara la paz perpetua para los habitantes de la luz. ¿Por qué no añadió, "Y un vínculo perpetuo"? ¿Acaso aquellas almas que fija eternamente en el globo de las tinieblas no eran habitantes de la luz, de las que dice abiertamente que "se dejaron llevar por su naturaleza luminosa anterior"? donde también se vio obligado a decir, aunque no quisiera, que pecaron con libre voluntad, quien no quiere poner el pecado sino en la necesidad de la naturaleza contraria: en todas partes sin saber lo que dice, y como si ya estuviera encerrado en el globo de las tinieblas que inventó, buscando por dónde salir, y no encontrando. Pero diga lo que quiera a los seducidos y miserables, por quienes es honrado mucho más que Cristo, para venderles a este precio tan largas y sacrílegas fábulas. Diga lo que quiera, encierre en el globo como en una cárcel a la gente de las tinieblas, y fije externamente la naturaleza de la luz, a la que prometía perpetua paz del enemigo extinguido: he aquí que el castigo de la luz es peor que el de las tinieblas, el castigo de la naturaleza divina es peor que el de la gente adversa. Pues aunque está en las tinieblas, es propio de su naturaleza habitar en las tinieblas: pero las almas que son lo que Dios es, no podrán ser recibidas, como dice, en aquellos reinos pacíficos, y serán alienadas de la vida y libertad de la santa luz, y serán fijadas en el mencionado horrible globo: de donde "se adherirán", dice, "a las mismas cosas que amaron, dejadas en el mismo globo de las tinieblas, obteniendo esto para sí mismas por sus méritos". ¿No es libre el albedrío de la voluntad? Vean cómo, en su locura, no sabe lo que dice, y al hablar cosas contrarias a sí mismo, libra una guerra peor contra sí mismo que contra el dios de su gente de las tinieblas. Además, si por eso son condenadas las almas de la luz, porque amaron las tinieblas; injustamente se condena a la gente de las tinieblas, que amó la luz. Y la gente de las tinieblas amó la luz desde el principio, que aunque violentamente, quiso poseerla, no extinguirla: pero la naturaleza de la luz quiso extinguir las tinieblas en la guerra; por lo tanto, las amó vencida. Elijan lo que quieran: si fue forzada por necesidad a amar las tinieblas, o seducida por voluntad. Si por necesidad, ¿por qué se condena? si por voluntad, ¿por qué se encuentra la naturaleza de Dios en tanta iniquidad? Si por necesidad la naturaleza de Dios fue forzada a amar las tinieblas, entonces fue vencida, no venció: si por voluntad, ¿por qué los miserables dudan en atribuir la voluntad de pecar a la naturaleza que Dios creó de la nada, para no atribuirla a la luz que engendró?

CAPÍTULO XLIII.

Muchos males atribuidos a la naturaleza de Dios por los maniqueos antes de la mezcla del mal. ¿Qué, si también mostramos que antes de la mezcla del mal, que fabulosamente inventaron y creyeron dementemente, en la misma naturaleza de la luz, que dicen, había grandes males? ¿Qué podría parecerse a estas blasfemias? Pues allí había, antes de que se luchara, una dura e inevitable necesidad de luchar: he aquí ya un gran mal antes de que el mal se mezclara con el bien: digan de dónde viene esto, cuando aún no se había hecho ninguna mezcla. Pero si no había necesidad, entonces había voluntad: ¿de dónde viene también este gran mal, que Dios mismo quisiera dañar a su naturaleza, a la que no podía ser dañada por el enemigo, enviándola cruelmente a mezclarse, a purgarse vergonzosamente, a condenarse injustamente? He aquí cuán grande es el mal de la voluntad pernicioso y nocivo y sumamente cruel, antes de que se mezclara algún mal de la gente contraria. ¿O acaso no sabía que esto sucedería a sus miembros, que amarían las tinieblas y se volverían enemigas de la santa luz, como él mismo dice, es decir, no solo de su Dios, sino también del Padre de quien eran? ¿De dónde viene entonces este gran mal de ignorancia en Dios, antes de que se mezclara algún mal de la gente contraria? Pero si sabía que esto sucedería, o había en él una crueldad sempiterna, si no le dolía la futura contaminación y condenación de su naturaleza; o una miseria sempiterna, si le dolía: ¿de dónde viene entonces este gran mal de su sumo bien antes de cualquier mezcla de su sumo mal? Ciertamente, aquella parte de su naturaleza, que está

fijada en el eterno vínculo de aquel globo, si no sabía que esto le amenazaba, también así había en la naturaleza de Dios una ignorancia sempiterna; si lo sabía, una miseria sempiterna: ¿de dónde viene entonces este gran mal, antes de que se mezclara algún mal de la gente contraria? ¿O acaso se alegraba con gran caridad, porque por su castigo se preparaba la paz perpetua para los demás habitantes de la luz? Quien vea cuán nefando es decir esto, que lo anatematicé. Pero si al menos lo hiciera de tal manera que ella misma no se volviera enemiga de la luz, podría tal vez ser alabada, no como naturaleza de Dios, sino como algún hombre que quisiera sufrir algo malo por su patria, lo cual ciertamente podría ser malo por un tiempo, no eternamente: pero ahora dicen que esa fijación en el globo de las tinieblas es eterna, y no de cualquier cosa, sino de la naturaleza de Dios; y ciertamente sería una alegría sumamente injusta y execrable y sacrílega, si la naturaleza de Dios se alegrara de que amaría las tinieblas y se volvería enemiga de la santa luz. ¿De dónde viene este mal tan inmenso y criminal, antes de que se mezclara algún mal de la gente contraria? ¿Quién soporta una locura tan perversa y tan impía, atribuir tantos bienes al sumo mal, y tantos males al sumo bien, que es Dios?

CAPÍTULO XLIV.

Increíbles torpezas ideadas por Maniqueo en Dios. Ahora bien, que dicen que la misma parte de la naturaleza de Dios está mezclada en todas partes en los cielos, en la tierra, bajo la tierra, en todos los cuerpos, secos y húmedos, en todas las carnes, en todas las semillas de árboles, hierbas, hombres, animales: no por el poder de la divinidad sin ningún vínculo inmaculadamente, inviolablemente, incorruptiblemente presente en todas las cosas para administrarlas y gobernarlas, lo que nosotros decimos de Dios; sino atada, oprimida, contaminada, que dicen que se libera, purga y libera no solo por el curso del sol y la luna, y las virtudes de la luz, sino también por sus Elegidos: este tipo de error nefandísimo, cuán sacrílegas e increíbles torpezas les sugiere, y aunque no les persuade, es horrible de decir. Pues dicen que las virtudes de la luz se transfiguran en hermosos varones, y se oponen a las mujeres de la gente de las tinieblas; y las mismas virtudes de la luz se transfiguran en hermosas mujeres, y se oponen a los varones de la gente de las tinieblas; para que por su belleza inflamen la libidine más sucia de los príncipes de las tinieblas, y de ese modo la sustancia vital, es decir, la naturaleza de Dios, que dicen estar atada en sus cuerpos, se libere de sus miembros relajados por la misma concupiscencia, y sea recibida o purgada y liberada. Esto leen los infelices, esto dicen, esto oyen, esto creen, esto está escrito en el séptimo libro de su Tesoro (así llaman los maniqueos a cierta escritura donde están escritas estas blasfemias) de esta manera: "Entonces el bienaventurado Padre, que tiene naves luminosas como albergues y moradas o grandezas, por su innata clemencia presta ayuda, por la cual se despoja y libera de los impíos lazos y angustias y angustias de su sustancia vital". Así que por su invisible mandato transforma aquellas sus virtudes, que se tienen en esta nave clarísima, y las hace aparecer a las potestades adversas, que están ordenadas en cada uno de los tramos de los cielos. Y como consisten en ambos sexos de varones y mujeres, por eso ordena que las virtudes aparezcan en parte con la apariencia de niños sin vestiduras al género adverso de las mujeres, en parte con la forma de vírgenes luminosas al género contrario de los varones: sabiendo que todas esas potestades hostiles, debido a su innata concupiscencia letal y sucia, son fácilmente capturadas, y se entregan a esas especies bellísimas que aparecen, y de este modo se disuelven. Sepan, sin embargo, que este mismo nuestro bienaventurado Padre es lo mismo que sus virtudes, que por una causa necesaria transforma en la intemerata semejanza de niños y vírgenes. Pero usa estas como sus propias armas, y por ellas cumple su voluntad. De estas virtudes divinas, que se establecen a modo de matrimonio contra los géneros infernales, y que con prontitud y facilidad logran lo que han pensado, están llenas las naves luminosas. Así que cuando la razón lo exige para que las santas virtudes aparezcan a los

varones, inmediatamente también muestran su figura en el hábito de vírgenes bellísimas. Nuevamente, cuando se trata de las mujeres, dejando de lado las especies de vírgenes, muestran la apariencia de niños sin vestiduras. Pero con esta visión decorosa aumenta su ardor y concupiscencia, y de este modo se disuelve el vínculo de sus pésimas cogitaciones, y el alma viva que estaba retenida en sus miembros, liberada por esta ocasión, escapa, y se mezcla con su aire purísimo; donde las almas completamente lavadas ascienden a las naves luminosas, que están preparadas para su transporte y para su travesía a su patria. Pero lo que aún lleva las manchas del género adverso, desciende por partes a través de los calores, y se mezcla con los árboles y demás plantaciones y cultivos, y se infecta con diversos calores. Y de qué manera desde esta gran y clarísima nave aparecen las figuras de niños y vírgenes a las potestades contrarias, que habitan en los cielos, y que tienen una naturaleza ígnea; y desde esta visión decorosa, la parte de vida que se tiene en sus miembros, liberada, desciende a la tierra a través de los calores: de la misma manera también aquella altísima virtud, que habita en la nave de las aguas vitales, aparece en la semejanza de niños y vírgenes santas a través de sus ángeles a estas potestades, cuya naturaleza es fría y húmeda, y que están ordenadas en los cielos. Y ciertamente a las que son mujeres, aparece en la forma de niños; a los varones, de vírgenes. Pero con esta mutación y diversidad de las personas divinas y bellísimas, los príncipes masculinos o femeninos de la estirpe húmeda y fría se disuelven, y lo que en ellos es vital huye: pero lo que queda, liberado, desciende a la tierra a través de los fríos, y se mezcla con todos los géneros de la tierra. ¿Quién soporta esto? ¿Quién cree esto, no digo que sea así, sino que pudo ser dicho? He aquí quienes temen anatematizar al maestro maniqueo, y no temen creer que Dios hace y sufre estas cosas.

CAPÍTULO XLV.

Ciertas abominaciones nefarias no sin razón se han creído de los mismos maniqueos. Dicen que a través de sus Elegidos se purifica esa misma parte mezclada y la naturaleza de Dios, comiendo y bebiendo, ya que dicen que está atada en todos los alimentos; los cuales, cuando son asumidos por los Elegidos como santos para la restauración del cuerpo comiendo y bebiendo, son liberados, señalados y purificados por su santidad. No se dan cuenta, pobres, de cuán incongruentemente se ha creído de ellos lo que niegan en vano, a menos que anatematicen esos mismos libros y dejen de ser maniqueos. Pues si, como dicen, en todas las semillas está atada una parte de Dios, y se purifica comiendo por los Elegidos; ¿quién no creería dignamente que hacen lo que leen en su Tesoro que ocurre entre las virtudes celestiales y los príncipes de las tinieblas; ya que también dicen que sus carnes son de la gente de las tinieblas, y no dudan en creer y afirmar que en ellas está atada esa sustancia vital, parte de Dios? La cual, si ciertamente debe ser liberada y purificada comiendo, como su funesto error los obliga a admitir; ¿quién no ve, quién no se horroriza, de cuánta abominación y cuán nefaria se sigue?

CAPÍTULO XLVI.

La nefaria doctrina de la Epístola del Fundamento. Pues dicen que por ciertos príncipes de la gente de las tinieblas fue creado Adán, el primer hombre, para que la luz no escapara de ellos. En la epístola que llaman del Fundamento, cómo el príncipe de las tinieblas, a quien introducen como padre del primer hombre, habló y actuó con los demás socios suyos, príncipes de las tinieblas, así escribió Maniqueo: Con iniquos comentarios dijo a los presentes: ¿Qué os parece esta gran luz que surge? Observad cómo mueve el polo, sacude muchas potestades. Por lo tanto, es justo que me ofrezcáis lo que tenéis de luz en vuestras fuerzas: así formaré la imagen de aquel grande que apareció glorioso, por la cual podremos

reinar, liberados alguna vez de la conversación de las tinieblas. Al escuchar esto, y deliberando mucho entre ellos, consideraron justísimo ofrecer lo que se les pedía. Pues no confiaban en retener siempre la misma luz: por lo cual pensaron que era mejor ofrecerla a su príncipe, sin desesperar de reinar de la misma manera. Por lo tanto, es de considerar cómo ofrecieron aquella luz que tenían. Pues esto también está esparcido en todas las escrituras divinas y celestiales: para los sabios no es difícil saber cómo fue dado: pues se conoce clara y abiertamente por quien quiera mirar verdaderamente y con fidelidad. Dado que la concurrencia de los que se reunieron era mixta, de mujeres y hombres, los impulsó a unirse entre sí: en cuyo coito unos sembraron, otras quedaron embarazadas. Los partos eran semejantes a quienes los engendraron, obteniendo muchas fuerzas de los padres como los primeros. Tomando esto, su príncipe se alegró como de un don principal. Y así como vemos que ahora también sucede, la naturaleza formadora de los cuerpos tomando fuerzas de allí para figurar: así también el príncipe mencionado antes, tomando la prole de sus compañeros, teniendo los sentidos de los padres, prudencia, luz engendrada con él en la generación, la comió; y tomando muchas fuerzas de tal alimento, en el cual no solo había fortaleza, sino mucho más astucia y malvados sentidos de la feroz gente de los progenitores, llamó a su propia esposa, emanando de la misma estirpe que él; y habiendo cohabitado con ella, sembró, como los demás, la abundancia de males que había devorado: añadiendo también algo de su propio pensamiento y virtud, para que su sentido fuera el formador y descriptor de todo lo que había derramado; cuya compañera recibía esto, como la semilla suele ser recibida por la tierra bien cultivada. En ella se construían y tejían las imágenes de todas las virtudes, celestiales y terrenales, para que el mundo lleno, lo que se formaba, obtuviera semejanza.

CAPÍTULO XLVII.

Obliga a perpetrar horribles abominaciones. ¡Oh monstruo malvado! ¡Oh execrable perdición y mancha de almas engañadas! Omíto decir qué es que la naturaleza de Dios esté así atada. Al menos que atiendan esto los pobres engañados y envenenados por el error mortal, porque si por el coito de hombres y mujeres se ata la parte de Dios, que profesan liberar y purificar comiendo, los obliga la necesidad de este error tan nefando, a que no solo de pan y verduras y frutas, que son las únicas que parecen recibir manifiestamente, sino que también liberen y purifiquen la parte de Dios de donde puede ser atada por el concúbiteo, si es concebida en el útero de una mujer. Se dice que algunos han confesado hacer esto en juicio público, no solo en Paflagonia, sino también en Galia, como escuché de un cristiano católico en Roma: y cuando se les preguntó con qué autoridad de escritura hacían esto, dijeron haberlo sacado de su Tesoro, lo que mencioné poco antes. Pero cuando se les objeta esto, suelen responder que no saben qué enemigo suyo de su número, es decir, de sus Elegidos, desertó, hizo un cisma y fundó esta herejía tan impura. Por lo cual es evidente que, aunque estos no lo hagan, lo hacen quienes lo hacen de sus libros. Por tanto, rechacen los libros, si aborrecen el crimen que se ven obligados a cometer si mantienen los libros; o si no lo cometen, intentan vivir más puramente contra sus libros. Pero ¿qué hacen cuando se les dice: O purificad la luz, de las semillas que podáis, para que no rechacéis aquello que decís no hacer; o anatematizad a Maniqueo, quien al decir que en todas las semillas está la parte de Dios, y que se ata concumbiendo; pero que cualquier luz, es decir, esa parte de Dios que llegue a las comidas de los Elegidos, se purifica comiendo: ¿qué os sugiere y aún dudáis en anatematizarlo? ¿Qué hacen, digo, cuando se les dice esto? ¿A qué tergiversaciones recurren, cuando o se debe anatematizar una doctrina tan nefaria, o se debe hacer una abominación tan nefaria, en comparación con la cual ya todos aquellos males que mencionaba antes como intolerables, que dicen de la naturaleza de Dios, que está oprimida por necesidad para librar una guerra, que estaba segura en ignorancia sempiterna, o preocupada por dolor y temor sempiterna,

cuando le vendría la corrupción de la mezcla y el vínculo de la condenación eterna, que finalmente librada la guerra fue así capturada, oprimida, contaminada, que después de una falsa victoria estará así en un horrible globo eternamente fijada y separada de la felicidad de su origen, parecen tolerables, cuando por sí mismos, si se consideran, no pueden sostenerse?

CAPÍTULO XLVIII.

Ora Agustín por el arrepentimiento de los maniqueos. ¡Oh gran paciencia tuya, Señor misericordioso y compasivo, paciente y muy misericordioso, y veraz (Sal. CII, 8); que haces salir tu sol sobre buenos y malos, llueves sobre justos e injustos (Mat. V, 45); que no quieres la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (Ezequiel XXXIII, 11); que corrigiendo con partes, das lugar al arrepentimiento, para que dejando la maldad crean en ti, Señor (Sab. XII, 2); que con tu paciencia conduces al arrepentimiento, aunque muchos según la dureza de su corazón y corazón impenitente atesoran para sí ira en el día de la ira y de la revelación de tu justo juicio, que das a cada uno según sus obras (Rom. II, 4-6); que en el día en que el hombre se convierta de su maldad a tu misericordia y verdad, olvidas todas sus iniquidades (Ezequiel XVIII, 21): concédenos, danos, que por nuestro ministerio, por el cual quisiste que se refutara este error execrable y demasiado horrible, así como ya muchos han sido liberados, otros también sean liberados, y ya sea por el sacramento de tu santo Bautismo, ya sea por el sacrificio de espíritu contrito y corazón contrito y humillado (Sal. L, 19), en el dolor del arrepentimiento, merezcan recibir el perdón de sus pecados y blasfemias, con las que por ignorancia te ofendieron. Pues tanto vale tu preeminente misericordia y poder y la verdad de tu Bautismo, y las llaves del reino de los cielos en tu santa Iglesia, que no se debe desesperar de ellos, mientras vivan en esta tierra por tu paciencia, quienes incluso sabiendo cuán malo es sentir o decir tales cosas de ti, por alguna costumbre o adquisición de comodidad temporal y terrena se mantienen en esa maligna profesión, si al menos increpados por tus correcciones huyen a tu inefable bondad, y prefieren la vida celestial y eterna a todas las seducciones de la vida carnal.